

Tiempos decisivos: el PCE y la guerra de España (1936-1939)

FERNANDO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ *

Profesor contratado doctor. Facultad de Formación de Profesorado
y Educación, Universidad Autónoma de Madrid



La guerra de España marcó uno de los períodos decisivos en la historia del PCE. En esos tres años, los comunistas pasaron de ser una organización periférica y minoritaria a entrar en el Gobierno, contribuir a organizar un nuevo ejército, impulsar profundas transformaciones y erigirse, en definitiva, en uno de los actores definitorios de la República.

215

Choques de memoria

La pujanza experimentada por el PCE entre 1936 y 1939 alimentó mitos que han subsistido hasta nuestros días. Socialistas y anarquistas¹ lamentaron el control comunista de los resortes de poder, ya directamente o por la interposición de compañeros de viaje, pero siempre a beneficio de los intereses de Stalin. Todos concordaron en imputar al PCE una obediencia ciega a Moscú y el sofocamiento de la revolución social, enterrada en la primavera-verano de 1937 en las calles de Barcelona y en los campos del Bajo Aragón.

La idea de la hegemonía comunista resultante de su eficaz infiltración en los resortes medulares del Estado fue explotada por la literatura de com-

* Especialista en historia del comunismo en España. Autor de *Guerra o revolución. El PCE en la Guerra Civil* (Crítica, 2010); *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo* (Crítica, 2015); y *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco* (Pasado & Presente, 2018).

¹ PRIETO, Indalecio: *Entresijos de la guerra de España* (Planeta, 1989); y *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional* (Planeta, 1989); GARCÍA OLIVER, Juan: *El eco de los pasos* (Planeta, 2008).

bate franquista² y homologada por los teóricos occidentales de la Guerra Fría. Burnett Bolloten estableció el canon interpretativo según el cual los comunistas desplegaron una estrategia de «gran camuflaje» para enmascarar su aspiración de implantar una democracia popular anticipada, similar a las impuestas en la Europa del Este a partir de 1948, bajo la capa de la sedicente defensa de la legalidad republicana.³

También el PCE mitificó su pasado. Según su historia oficial del período,⁴ el pueblo libró una guerra revolucionaria contra los residuos feudales de la aristocracia terrateniente, el capitalismo monopolista y el ejército de casta. Una guerra nacional por la independencia de la que habría de surgir una democracia de nuevo tipo en la que el PCE habría sido el más consecuente mantenedor de la resistencia popular y el legatario de la epopeya antifascista.



Identidades

—
216 El PCE, que había sido en los años anteriores un grupúsculo de escasa relevancia, llegó a 1936 recogiendo los primeros frutos del giro frentepopulista imprimido por el VII Congreso de la Komintern en 1935. Los 8.800 carnés repartidos en 1931 se elevaron a 13.000 en 1933 y alcanzaron los 19.000 en el convulso verano de 1934. La represión posterior a octubre le restó 5.000 afiliados, pero el triunfo del Frente Popular y las expectativas generadas durante la primavera de 1936 dispararon la adhesión hasta los 88.523 militantes⁵ en julio de 1936, a cuya órbita se añadirían los 350.000 miembros de la JSU y una similar cantidad de adheridos a organizaciones de masas como el Socorro Rojo Internacional (SRI).

La afiliación alcanzó su pleamar en 1937. La plétora fue consecuencia de la capacidad del PCE para empatizar con un ideario popular de izquierdas, unitario, radical y patriótico, depurado de fórmulas retóricas y maximalistas. La epopeya de la defensa de Madrid, cargada de episodios emotivos —la llegada de las Brigadas Internacionales y del armamento soviético—, el encauzamiento del proceso revolucionario, la reconstrucción del Estado republicano, el impulso al Ejército Popular, unido a las divisiones internas no resueltas del socialismo, la pasividad de la socialdemocracia internacional y el debilitamien-

² COMÍN COLOMER, Eduardo: *Historia del Partido Comunista de España* (Editora Nacional, 1967).

³ BOLLOTEN, Burnett: *La Guerra Civil española: Revolución y contrarrevolución* (Alianza, 1997).

⁴ IBARRURI, Dolores y otros: *Guerra y revolución en España* (4 tomos) (Editorial Progreso, 1966).

⁵ Archivo Histórico del PCE (AHPCE), *Documentos*, «Desarrollo numérico del P. desde diciembre de 1935 a diciembre de 1937». Film 195.

to de la influencia anarquista contribuyeron a que las filas del PCE alcanzaran los 340.000 afiliados al terminar el año.

Una militancia heterogénea reprodujo a escala la estructura social del pueblo republicano, con algunas peculiaridades significativas. Las cifras aportadas por José Díaz en el Pleno de marzo de 1937 indicaban que el PCE era un partido donde los campesinos —jornaleros, cooperativistas, colectivistas y pequeños propietarios— constituían el 55,7%. Les seguían los trabajadores de la industria (el 35,1%) y los de los servicios (9,2%). Comparada con la estructura de la sociedad española, los campesinos tenían una mayor representación que el resto y los empleados lo estaban en menor medida. El PCE era, por lo tanto y en su mayor parte, un partido campesino y obrero. Había en sus filas un 4,4% de intelectuales, consecuencia de la fuerte atracción ejercida por el comunismo en el mundo de la cultura. Dos rasgos que llamaban poderosamente la atención eran la juventud y la feminización de la nueva militancia. La movilización de una juventud cuantitativamente muy numerosa fue uno de los elementos distintivos de los años treinta,⁶ y la feminización correspondió al entusiasmo de las nuevas promociones de mujeres muy jóvenes que accedían a una vida política que les abría, por primera vez, horizontes inéditos para una sociedad todavía dominada por un tradicionalismo patriarcal al que no escapaba la propia izquierda.

A mediados de 1937, el PCE se había convertido en el mejor partido republicano que España había conocido nunca.⁷ Sin embargo, el cariz que fue tomando el conflicto tras la pérdida de bastiones importantes —la caída del norte en 1937— y el corte del territorio republicano a comienzos de 1938 influyó en una mengua espectacular de sus filas, que quedaron reducidas a menos de la mitad en pocos meses. De la evolución posterior no hay datos, pero cabe sospechar que el pesimismo acelerara la volatilidad y la tendencia al desplome.

La guerra nacional-revolucionaria y la solidaridad internacional

La urgencia de mantener la política de alianzas y la necesidad de no fragilizar la apuesta soviética por el esquema de seguridad colectiva condujo a que el mismo 17 de julio los máximos responsables de la Komintern dirigieran instrucciones al Buró Político del PCE para «preservar intactas, y a toda costa, las filas del Frente Popular». Postulaban la formación de milicias de obreros y

⁶ SOUTO KUSTRIN, Sandra: *Paso a la juventud: Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española* (UPV, 2013).

⁷ GRAHAM, Helen: *La República Española en guerra (1936-1939)* (Debate, 2006).



campesinos, la depuración del ejército y las fuerzas de orden público y la confiscación de los bienes de sublevados y simpatizantes. La directriz a los comunistas españoles era tajante: «Debéis actuar exclusivamente bajo la bandera de la República».⁸

La lectura comunista de la guerra de España fue protocolizada por Palmiro Togliatti, miembro del Secretariado de la Komintern que ejerció como tutor del PCE desde junio de 1937.⁹ Lo que se ventilaba en España no era una reedición de la Revolución de Octubre ni la implantación del comunismo libertario. Era, por contra, la culminación de la revolución democrático-burguesa que las propias clases rectoras del país habían sido incapaces de consumir. La sublevación reaccionaria había brindado la ocasión para la consolidación de una democracia de nuevo tipo despojada de los vestigios feudales, de la vieja oligarquía terrateniente y de la influencia clerical, pero aún no era la hora de la revolución socialista. Era preciso ensanchar la base de la República para hacer frente a la amenaza fascista y, para ello, a un Estado totalitario en embrión; a un ejército dotado de fuerzas profesionales y pertrechado por el Eje era preciso oponerle un poder centralizado, un ejército popular con mando único y una potente industria militar. En la guerra había que conducirse como en la guerra.

El PCE publicó el 26 de agosto una declaración programática. El objetivo primordial, al que quedaban supeditados todos los demás, era el aplastamiento de la reacción. Una vez conseguido, el Frente Popular debía nacionalizar la banca y los sectores estratégicos: los ferrocarriles, las minas y las industrias fundamentales, así como proceder a la incautación de todas las empresas abandonadas por sus dueños. Los comunistas postulaban la municipalización de los servicios públicos (tranvías, autobuses, gas, electricidad, casas de vecinos) y la encomienda de su gestión a los comités del Frente Popular. El Gobierno debía impulsar un ambicioso programa de planes de regadío, construcción de carreteras y puertos, ejecutar una profunda reforma agraria y promulgar una legislación social que asegurase el bienestar material y cultural de las clases trabajadoras.¹⁰

El carácter nacional-popular de la guerra quedó fijado el 4 de septiembre cuando, la víspera de ser designado ministro de Instrucción Pública, Jesús Hernández habló por radio para afirmar que la guerra era contra los «enemigos seculares [de España], los magnates de la tierra [y] los usureros miserables». Frente a ellos se encontraban obreros y campesinos que combatían «por una existencia digna, por la posesión de la tierra, por la libertad», intelectuales en lucha «por la causa de la cultura amenazada y el progreso detenido», mujeres

⁸ The National Archives (TNA), HW 17/27, 6518/Sp., 23/7/1936.

⁹ TOGLIATTI, Palmiro: *Escritos sobre la guerra de España* (Crítica, 1976).

¹⁰ *Mundo Obrero*, 26 de agosto de 1936.



que no querían «el látigo y el hambre para [sus] hijos» y, en definitiva, el «pueblo trabajador, digno e invencible».¹¹

La segunda guerra de independencia

El discurso comunista se centró progresivamente en la defensa de un patriotismo popular progresista. Esta posición cristalizó en mayo de 1937, a raíz de la constitución del primer Gobierno Negrín. Frente a la versión castiza de la nación que enarbolaba un enemigo enfeudado a potencias extranjeras, anclado en los mitos de la cristiandad medieval, la unificación territorial de los Reyes Católicos y el belicismo imperial de Carlos V y Felipe II —genealogía de la hispanidad esgrimida por la reacción—, los dirigentes comunistas esmaltaron un friso alternativo trufado de personajes opuestos al abuso de los poderosos —el Cid, Padilla, Agustina de Aragón, Goya— y de hitos que encarnaban el espíritu de independencia: Sagunto, Numancia, los comuneros, las germanías, la Guerra de Independencia —cuyo 2 de mayo prefiguraba la resistencia de Madrid—, el octubre asturiano de 1934 y el levantamiento popular contra los golpistas de julio.

El giro patriótico suponía la subordinación de los objetivos particulares de cualquier organización a los prioritarios de la defensa nacional dentro del paradigma nacional-revolucionario que se materializó en los «13 Puntos» del segundo Gobierno Negrín y en los postulados de un programa de unión nacional. Se actualizaron los valores fundacionales de la República en un contexto en que la oligarquía, que había frustrado históricamente la revolución democrática, había quedado liquidada y con un discurso regeneracionista radical tomado del ideario popular de izquierdas forjado durante el período de entresiglos. La unión nacional, erigida en apuesta estratégica del PCE, tendría un largo recorrido: con sucesivas coberturas y formulaciones desde los tiempos de la guerrilla hasta los de la Junta Democrática, pasando por la Unión Democrática Española y el Pacto para la Libertad, estaría perdurablemente inscrita en la concepción del partido como principal fuerza articuladora de las alianzas para la recuperación de las libertades aplastadas por la dictadura franquista.¹²

¹¹ *Mundo Obrero*, 4 de septiembre de 1936.

¹² Para las movimientos unitarios en el exilio y la resistencia antifranquista, HEINE, Harmut: *La oposición política al franquismo* (Crítica, 1983) y BUENO, Manuel y GÁLVEZ, Sergio: «Estrategias de alianza y políticas unitarias en la Historia del PCE», *Papeles de la FIM*, 24 (2006).



Los comunistas en el Gobierno

Los comunistas españoles llegaron al Gobierno en septiembre de 1936 infringiendo una de las directrices básicas de la Komintern a sus secciones nacionales: los gobiernos de coalición antifascista debían ser apoyados desde fuera, sin entrar en ellos. Obedecía a un imperativo geoestratégico: Stalin estaba interesado en la consolidación de un sistema europeo de alianzas para contener a la Alemania nazi y no convenía asustar a las potencias capitalistas occidentales. Pero la situación en España era mucho más dinámica de lo que podía prever la rígida política kominteriana, tan distante en aquellos cruciales momentos.

La posibilidad de desbordamiento de la situación debido a la revolución social espontánea y la escalada intervencionista de italianos y alemanes en el conflicto español llevaron a los comunistas a decidir su incorporación al nuevo gabinete.¹³ En él estaban representados desde los católicos nacionalistas a las centrales sindicales, pasando por republicanos y socialistas. El de Largo Caballero fue el primer Gobierno de la historia de España —y de Europa occidental— que contó con presencia comunista y anarquista. Tres fueron los aportes fundamentales del PCE a la política gubernamental: las transformaciones económicas y sociales que reclamaba una sociedad mayoritariamente campesina, la creación de un nuevo ejército popular y el aseguramiento de la retaguardia. Junto a ello, sus metas propias como partido serían disputar la hegemonía en el campo de la izquierda, combatir al trotskismo y lograr la reunificación marxista en una única organización adscrita a la Internacional Comunista.

Vicente Uribe, ministro de Agricultura, hubo de enfrentarse a la vital cuestión del abastecimiento de productos básicos, a una hiperinflación causada por el desbarajuste monetario y a la aparición del mercado negro. Su departamento promulgó los decretos de expropiación y reparto de la tierra de propietarios adeptos a la sublevación (7 de octubre de 1936), de registro y legalización de las colectividades (8 de junio de 1937) y de creación de cooperativas agrícolas (27 de agosto de 1937). En julio de ese año impulsó la creación de la Dirección General de Abastecimientos para regular el racionamiento y la tasa de los precios de los artículos de primera necesidad.

El total de tierras expropiadas sobrepasó los 7.000.000 de hectáreas. Reducido a una escala apreciable, equivalía a 8,7 veces la superficie de la Comunidad de Madrid o al 80,5% de la de Andalucía. La de Uribe fue la tercera de las grandes reformas agrarias del siglo xx, tras las de Rusia y China.¹⁴ El Mi-

¹³ AHPCE, *Tesis, manuscritos y memorias*, Uribe, 60/6.

¹⁴ ROBLEDO, Ricardo: *Los ministros de agricultura de la Segunda República (1931-1939): Política y sociedad en la España del siglo xx*. (Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, 2006).



nisterio de Agricultura asumió la realidad de las colectividades surgidas de la revolución social del verano de 1936, pero obligando a sus comités rectores a legalizarlas. El PCE no era hostil por definición a la colectivización, si bien el hecho de conocer los costes del proceso en Rusia, primero bajo el comunismo de guerra y luego con el primer plan quinquenal, debió influir en su apoyo a los pequeños campesinos y aparceros con el fin de mantener el abastecimiento a los mercados urbanos, al tiempo que se fomentaba la adhesión del pequeño campesinado a la República mediante el acceso a la propiedad de la tierra. En este sentido, la política agraria del PCE fue más jacobina que bolchevique.

Jesús Hernández asumió el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, responsabilidad ampliada en mayo de 1937 con las competencias de Sanidad. Contó con la incorporación al PCE o a su órbita de un destacado plantel de intelectuales, artistas y escritores. El catedrático Wenceslao Roces, traductor de Marx y Engels, fue su subsecretario; Josep Renau, director general de Bellas Artes, instó a la Junta de Incautación y Protección del Patrimonio Artístico Nacional a evacuar los cuadros del Museo del Prado, amenazados por los bombardeos rebeldes. También organizó el pabellón español en la Exposición Internacional de París en 1937 y encargó a Picasso el *Guernica*. En este período se convocó otro evento que hizo de altavoz de la República en guerra ante la conciencia mundial: el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrado en Valencia y Madrid entre el 4 y el 17 de julio de 1937.

Hernández se propuso acabar con el analfabetismo que sojuzgaba al 40% de la población. Fueron 200.000 los soldados del Ejército Popular que recibieron clases de las Milicias de la Cultura en las más de 2.000 escuelas creadas en los frentes; 105.000 los que aprendieron a leer y a escribir con la *Cartilla militar antifascista*; y decenas de miles los que asistieron a las representaciones de las Milicias de la Cultura y del Teatro en las mismas trincheras, a las conferencias del Altavoz del Frente o a la proyección de los filmes soviéticos *Los marinos de Kronstadt*, *Chapaiev*, *el guerrillero rojo* o *El acorazado Potemkim* en los cines gestionados por el ministerio.

En definitiva, los ministros comunistas acometieran tareas que contribuyeron en gran medida al sostenimiento de un esfuerzo de guerra contra el fascismo que ningún otro país fue capaz de mantener durante tiempo tan prolongado. Sus experiencias quedaron sepultadas por la derrota y solo pudieron rastrearse posteriormente en proyectos de reforma agraria de distintos países latinoamericanos, en escuelas técnicas de los países socialistas o en colegios españoles e instituciones educativas del exilio mexicano.



El «tacto de codos» con otras fuerzas

El PCE hubo de abrirse un espacio propio en medio de unas fuerzas, socialistas y anarquistas, que habían monopolizado el territorio de la izquierda política y social desde comienzos del siglo. Sus principales puntos de fricción fueron la consideración política del nuevo ejército, la naturaleza de la revolución en curso y la pugna con la izquierda no estalinista

El 20 de julio de 1936, el PCE organizó en Madrid el Quinto Regimiento de Milicias Populares sobre la base de la sección de Cuatro Caminos de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas, su organización de autodefensa y servicio de orden.¹⁵ Su entramado organizativo (administración, estado mayor, escuela de formación de oficiales, unidades de guerrillas, abastecimientos, transportes y transmisiones, escuelas de enfermeras) y las actividades desplegadas para estrechar la relación entre los combatientes y la retaguardia —organizaciones de ayuda a los soldados y sus familias, campañas de recogida de ropa de abrigo, agitación y propaganda, conferencias, exposiciones— fueron otros tantos elementos que el Ejército Popular tomaría de él, así como los conceptos de disciplina y mando único superadores del inicial impulso miliciano.

Para los comunistas, el nuevo ejército era un ejército político, el pueblo republicano en armas. Por ello, apoyaron la creación del Comisariado General de Guerra, inspirado en los ejércitos revolucionarios, desde la Convención francesa hasta la guerra civil rusa. El comisario se encargaba de estimular a los combatientes, mantener la moral y recordarles el sentido de la lucha. Debido a su capacidad de influencia, fue uno de los campos donde chocaron el PCE, acusado de hacer proselitismo entre los soldados, y sus adversarios políticos.¹⁶ Ahora bien, si es cierto que el PCE volcó todos sus esfuerzos en la construcción del Ejército Popular y que ello se tradujo inicialmente en la obtención de réditos políticos, a largo plazo tuvo un coste muy elevado. En las operaciones de 1938 —principalmente en la ofensiva del Ebro, donde las unidades comunistas cargaron con casi todo el peso—, la pérdida de millares de cuadros y militantes experimentados dejó inerte al partido para hacer frente a las maniobras capituladoras de sus adversarios.

La España republicana, donde se mantuvo una pluralidad de proyectos políticos, fue testigo de las disputas en torno al control local, la hegemonía nacional y —en el caso del trotskismo— la intromisión de un vector internacio-



¹⁵ ALPERT, Michel: *El Ejército Popular de la república* (Crítica, 2007). Aunque sus fundadores ofrecieron la cifra de 70.000 hombres como fuerza inicialmente integrante de esta unidad, es más probable que las dimensiones reales se situaran en torno a los 25.000.

¹⁶ ÁLVAREZ, Santiago: *Los comisarios políticos en el ejército popular de la República* (Edicions do Castro, 1989).

nal. Si con los socialistas la disputa no pasó durante mucho tiempo del ámbito estrictamente dialéctico, con los anarquistas hubo continuos roces que derivaron en incidentes violentos. La discrepancia entre dos modelos de gestión del control y de la organización económica de la retaguardia, el comunista —de ámbito estatalista y centralizado— y el anarquista —local y autogestionario—, presagiaba una confrontación a corto plazo. En el ámbito rural, se materializó en el choque entre distintas concepciones del derecho de propiedad, entre campesinos colectivistas e individualistas, motivado en algunos casos por el hecho de que la geografía política de la lealtad a la República no coincidiera con la geografía social del desigual acceso a la propiedad o a la explotación autónoma de la tierra. En las zonas urbanas, la confrontación se planteó en torno al control del orden, la gestión de los abastos y la administración de las industrias: la socialización para unos, la colectivización para otros.

El impulso a la lucha contra el trotskismo vino marcado desde fuera. La preocupación por las actividades del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), cuyos principales dirigentes —Joaquín Maurín, Andrés Nin o Juan Andrade— se habían contado entre los fundadores del PC, no adquirió cierta intensidad, más allá de viejas rivalidades personales y rencillas sectarias, hasta febrero de 1936, durante la elaboración de las candidaturas del Frente Popular. La obsesión se enervó en proporción directa a la evolución de los acontecimientos en la Unión Soviética —el asesinato de Kirov en diciembre de 1934 y la apertura de los grandes procesos—, siendo desde ese momento cuando los comunistas locales propalaron una imagen del POUM como amenaza, en un crescendo que fue desde la caracterización como fuerza divisoria a la condena como agente objetivo del enemigo.

Buena parte de estas tensiones se condensaron en los «hechos de Mayo», acaecidos en Barcelona entre los días 3 y 6 de mayo de 1937, origen de las más encendidas y duraderas controversias en torno al binomio guerra/revolución. Para unos, supusieron el fin de la fase revolucionaria de la guerra, con la confirmación del ascenso definitivo a posiciones hegemónicas del burocratismo estalinista. Sus consecuencias fueron el derribo de Largo Caballero, su sustitución por un títere de los comunistas, Negrín, y la liquidación del proyecto igualitario desarrollado por los poderes locales autónomos, las milicias y las colectividades, en beneficio de una centralización que solo benefició a los comunistas y a la estrategia de Stalin. Al sofocar la espontaneidad de la revolución se extendió entre las clases trabajadoras una desmoralización que coadyuvó a la derrota. Para otros, mayo del 37 supuso la recuperación del control estatal sobre las fronteras y el orden público, el final del caos en la retaguardia, la imposición de una única disciplina y la liquidación de la desorganización económica. Según los vencedores en esta pugna, la República pudo dedicarse en adelante, con todas sus energías, a la tarea vital de luchar por la victoria, sin la cual la revolución era una entelequia.



El POUM, a quien el propio Trotsky había criticado —«el Gobierno de Negrín-Stalin es un freno en el camino del socialismo, pero sobre todo un freno en el camino del fascismo español. Mañana, pasado mañana, el proletariado español podrá sacudirse este freno para apoderarse del poder; pero si tratase, aunque solo fuera de forma pasiva, de romperlo hoy, esto serviría solamente al fascismo»—,¹⁷ fue ilegalizado el 15 de junio. Su prensa fue clausurada y sus dirigentes juzgados por un Tribunal Especial que les condenó por rebelión, pero rechazó la acusación de espionaje y traición.¹⁸ Contra lo que posteriormente ha publicitado la propaganda anticomunista, el juicio contra el POUM no fue una reproducción de los procesos de Moscú. Ni se obligó a sus dirigentes a autoinculparse en falso, ni fueron sumarísimamente ejecutados: pasaron el resto de la guerra en prisiones de las que fueron liberados poco antes de la llegada de las tropas franquistas para que pudieran abandonar el país.

La excepción fue lo ocurrido con Andrés Nin, secuestrado y asesinado por agentes de la NKVD dirigidos por Alexander Orlov. El operativo, concebido y realizado por los propios servicios soviéticos al margen del partido español, del que únicamente se esperaba su asenso, incluyó todos los elementos disponibles en el repertorio de la infamia: la fabricación de pruebas falsas para vincularlo a una red de espionaje franquista, la tortura durante tres días, el asesinato y la desaparición del cuerpo bajo la burda cobertura de su supuesto rescate por agentes de la Gestapo disfrazados de interbrigadistas alemanes. Los ministros del PCE aguantaron estoicamente el tipo en las reuniones del gabinete en las que se acusó a su partido de la desaparición de Nin y solo elevaron sus protestas cuando las acusaciones apuntaron, por elevación, a la Unión Soviética. Habría de pasar algo más de medio siglo para que *Treball*, el órgano oficial del PSUC —uno de los impulsores de la campaña que a la pregunta poumista «Gobierno Negrín, ¿dónde está Nin?» respondía: «En Salamanca o en Berlín»— reconociera el crimen y rehabilitara la memoria del veterano político comunista.¹⁹



¹⁷ Citado en TOGLIATTI, Palmiro: *Ópere, 1935-1944* (Editori Reuniti, 1979).

¹⁸ SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep: *¿Por qué hemos sido derrotados?: las divergencias republicanas y otras cuestiones* (Flor del Viento, 2006).

¹⁹ *Treball*, diciembre de 1989 y artículo de Manuel Vázquez Montalbán en *El País*, 07/01/1989: «La sombra de Nin es alargada». <https://fundanin.net/2019/10/31/la-sombra-de-nin-es-alargada/#more-2646>

La imposible reunificación

Los intentos de suturar la vieja escisión del movimiento obrero de raíz marxista eran casi tan antiguos como la misma ruptura, pero nunca se había intentado resolver de otra forma que mediante la mera absorción de una parte por la otra. El VII Congreso de la Komintern y el deslizamiento hacia posiciones izquierdistas de un importante sector del partido socialista facilitó la enunciación de un discurso en el que, desde el reconocimiento común, las dos organizaciones pudieron reconocerse conjuntamente y plantearse la fusión, aunque cada una no abandonase su particular intención de marcar con su impronta al nuevo y reconstituido Partido Único del Proletariado (PUP).

A comienzos de 1937, el PCE se había fortalecido numéricamente de manera importante, constituyéndose en una poderosa organización con importante presencia en los sindicatos unificados, una nutrida galaxia de organizaciones de masas y un dominio prácticamente absoluto del movimiento juvenil. La llegada del material soviético y de las Brigadas Internacionales, unido a la pasividad manifestada por la Internacional Obrera Socialista en la movilización solidaria con la causa republicana fortaleció el prestigio comunista y debilitó a un PSOE lento de reflejos. Para los comunistas, lo que había ocurrido en el primer semestre de 1937 fue, básicamente, un cambio en la correlación de fuerzas dentro del espacio marxista. El PSOE se había plegado sobre sí mismo para proteger su organización, y su vieja cultura política se mostró incapaz de adaptarse a la velocidad que exigían los acontecimientos y a las necesidades de la movilización política de masas. De producirse una fusión, estaba claro que el partido resultante tenía todos los visos de acabar pareciéndose al PSUC, alineado con la Komintern.

Las relaciones mutuas entre ambas organizaciones comenzaron a deteriorarse en los últimos tiempos de Largo Caballero como presidente del Gobierno. Dos cuestiones obstaculizaron el avance hacia la unificación marxista en el PUP: las disputas internas entre los sectores del propio PSOE y las acusaciones de proselitismo que los caballeristas dirigieron al PCE. Los conflictos menudearon en temas como el trabajo político en el seno del ejército, que Caballero prohibió; el comisariado, a cuyos miembros comunistas pretendió filtrar; la conducción de la guerra, en cuyos fracasos, como el de la caída de Málaga, encontraron los comunistas munición para forzar su remoción;²⁰ y sobre el pesimismo respecto a la victoria manifestado por Prieto como ministro de Defensa. Aunque hasta finales de 1937 se crearon y mantuvieron comités de enlace socialistas/comunistas para la articulación del PUP, el progresivo deterioro de las relaciones entre ambas fuerzas durante 1938 acabó condenan-

²⁰ ZUGAZAGOITIA, Julián: *Guerra y vicisitudes de los españoles* (Planeta, 2001).



do al fracaso el proyecto de partido unificado y que no pasara de ser una fallida aspiración teórica.

La ruptura de la coalición antifascista

A pesar de los denodados esfuerzos políticos y militares por mantener la resistencia, la capitulación de las democracias ante Hitler y Mussolini en Múnich, el empuje arrollador del ejército franquista implementado por la ingente cantidad de material del Eje y el agravamiento de las condiciones de vida hizo cundir la desmoralización en la zona republicana. Los meses comprendidos entre noviembre de 1938 y febrero de 1939 fueron testigos, además de la pérdida territorial de Cataluña y, por tanto, del último bastión industrial de la República, de la ruptura definitiva de la coalición antifascista y de la conspiración para liquidar la guerra, pese a los intentos del Gobierno Negrín y el PCE de mantener una resistencia en pos de una evacuación ordenada y del enganche con la guerra europea que se adivinaba en el horizonte.²¹

Frente a Negrín y el PCE, un sector en alza, empezando por el propio presidente de la República,²² depositó sus esperanzas en algún tipo de mediación exterior de carácter diplomático y humanitario. Algunos mandos militares confiaban en una negociación directa entre elementos castrenses de ambos bandos, cotizando en ella la cabeza de los comunistas. El 5 de marzo de 1939 se consumó en golpe que cristalizó en la constitución del Consejo Nacional de Defensa encabezado, en su rama civil, por el socialista Julián Besteiro y en la militar por el anarquista Cipriano Mera y el coronel Segismundo Casado. Los motivos esgrimidos por los golpistas para derrocar a Negrín fueron su supuesta ocultación deliberada de lo desesperado de la situación tras la pérdida de Cataluña, su empecinamiento en una resistencia inútil que solo favorecía los intereses soviéticos a costa de la prolongación del sufrimiento del pueblo español y su subordinación a los dictados de los comunistas. Cuando el 1 de abril de 1939 las fanfarrias de Radio Nacional de España anunciaron el parte de guerra del Cuartel General de Burgos que certificaba la victoria franquista, hacía semanas que la diáspora republicana anegaba con su marea de humanidad derrotada los campos del sur de Francia. Unos cuantos millares de cuadros y militantes comunistas lograron poner rumbo al exilio en la Unión Soviética o en México. Otros muchos quedaron atrapados en la ratonera del puerto de Alicante o en las improvisadas prisiones que los vencedores comenzaban a llenar para celebrar la pregonada paz del Caudillo.

²¹ VIÑAS, Ángel y HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando: *El desplome de la República* (Crítica, 2009).

²² AHPCE, *Internacional Comunista*, Togliatti, 137/14.



La división con que concluyó la guerra de España surtió efectos nocivos y duraderos a largo plazo: las feroces diatribas posteriores impidieron la creación de una sólida plataforma unitaria que ofertar a los aliados como alternativa al derribo de Franco. El partido hizo acopio de los testimonios de todos aquellos que habían tenido un puesto de responsabilidad o sido testigos del desplome de la República para explicarse y explicar la derrota, pero el vértigo de los acontecimientos, con el comienzo de la guerra en Europa y el deseo de reconstruirse cuanto antes en el interior del país alteró el orden de prioridades. Las enseñanzas de la guerra tardarían años en extraerse, mientras las memorias de unos y otros se entrecruzaban, polemizaban o se combatían en el amargo territorio del exilio. Porque ya se sabe que la victoria tiene muchos padres, pero la derrota es huérfana. ★

Bibliografía

- ALPERT, Michel: *El Ejército Popular de la República* (Crítica, 2007).
- ÁLVAREZ, Santiago: *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República* (Edicions do Castro, 1989).
- BOLLOTEN, Burnett: *La Guerra Civil española: Revolución y contrarrevolución* (Alianza, 1997).
- BUENO, Manuel y GÁLVEZ, Sergio: «Estrategias de alianza y políticas unitarias en la historia del PCE», *Papeles de la FIM*, 24 (2006).
- COMÍN COLOMER, Eduardo: *Historia del Partido Comunista de España* (Editora Nacional, 1967).
- GARCÍA OLIVER, Juan: *El eco de los pasos* (Planeta, 2008).
- GRAHAM, Helen: *La República española en guerra (1936-1939)* (Debate, 2006).
- HEINE, Harmut: *La oposición política al franquismo* (Crítica, 1983).
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando: *Guerra o revolución. El PCE en la Guerra Civil* (Crítica, 2010).
- IBARRURI, Dolores y otros: *Guerra y revolución en España* (4 tomos) (Editorial Progreso, 1966).
- PRIETO, Indalecio: *Entresijos de la guerra de España* (Planeta, 1989).
- ROBLEDO, Ricardo: *Los ministros de agricultura de la Segunda República (1931-1939): Política y sociedad en la España del siglo XX*. (Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, 2006).
- SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep: *¿Por qué hemos sido derrotados?: Las divergencias republicanas y otras cuestiones* (Flor del Viento, 2006).
- SOUTO KUSTRIN, Sandra: *Paso a la juventud: Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española* (UPV, 2013).
- TOGLIATTI, Palmiro: *Escritos sobre la guerra de España* (Crítica, 1976).
- *Ópere, 1935-1944* (Editori Reuniti, 1979).
- VIÑAS, Ángel y HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando: *El desplome de la República* (Crítica, 2009).
- ZUGAZAGOTIA, Julián: *Guerra y vicisitudes de los españoles* (Planeta, 2001).

